

MORIR EN EL HOSPITAL

CON participación de destacados especialistas europeos y norteamericanos se ha celebrado aquí, en Madrid, un Simposio sobre la Muerte y en una noticia periodística en la que se daba cuenta de la apertura del Simposio y de los avances de la tanatología sociológica hemos podido leer: «El saber morir como ciencia es objeto de estudios recientes por varias disciplinas. Médicos, sociólogos y psiquiatras investigan el problema social de la muerte. La sociedad niega y oculta la muerte. El movimiento tanatológico pretende recuperar la naturalidad del hecho de morir». («Informaciones» 4 de octubre de 1974).

Meditando sobre esta noticia se me ocurrió que en el seno de mi familia — como en tantas otras españolas — nosotros seremos la primera generación que hemos ido a un hospital para dar a luz y que, muy probablemente, volveremos a un hospital para morir.

Hasta que en nosotros se produjo la escisión del cambio (esa escisión que nos hiere y nos penetra como el filo de una espada) en mi familia las mujeres tenían sus hijos en casa asistidas ora por familiares, ora por comadronas o, más raramente, por un médico que también solía formar parte del contorno hogareño.

Así nació yo, así nació usted y así nacieron una gran parte de nuestros maduros lectores; pero ya mi hijo (21 años) nació en un hospital y cuando, con forceps, le arrancaron de mí fue para meterle en una sala incubadora entre un bebé negrito — era Nueva York — igualmente desvalido pues los hombres, a la hora de nacer, están mucho peor provistos por la naturaleza que los terneros quienes, al entrar en la vida, ya se defienden solos.

Nacimos, pues, dentro del viejo orden, de la vieja sociedad, pero con toda seguridad, y a no ser que nos extraiga súbitamente de la vida la cardiopatía isquémica, moriremos en un hospital, o sanatorio si ustedes prefieren llamarlo así; y el horror de la muerte estará reforzado por esas gomas y tubos y demás terribles inventos creados para alargarnos, ya que no la vida, si la agonía.

No nos queda otra esperanza sino recordar que el avance de las drogas aunque pernicioso para los sanos ha de revelarse como único alivio que oponer al dolor continuado a que nos condenan inexorablemente los avances de la medicina — especialmente en el caso de que uno tenga algo más de cuatro cuartos.

No hace mucho murió aquí en Madrid el último de mis tios abuelos y, ahora que lo pienso, debe ser el primero de nuestros familiares que ha fallecido en un hospital.

Mi tío era militar, como casi todos los hombres de esta línea de la familia en su generación, y en su caso fue milagroso que llegara a fallecer en un sanatorio del barrio de Salamanca con casi noventa años y habiendo alcanzado el grado de general en el ejército español, pues hubiera debido morir en el «Desastre de Annual», como sus dos hermanos o en 1936, cuando los asesinos le fueron a buscar a su casa y no le encontraron porque Allah es grande. Mi tío abuelo era la persona más buena, caballerosa y gentil que se puedan imaginar. En su lejana juventud había escrito unas novelas muy románticas cuya acción discurría en jardines llenos de daturas y magnolias (las flores de los pazos gallegos) y estas novelas debían constituir para él como una evasión o escape vital; alguna vez me habló acerca de las mismas, pero siempre rehusó entregármelas a fin de que las leyera; poco antes de morir ordenó a su vieja criada que las quemara entre otros papeles, fotografías y recuerdos.

—oOo—
De la muerte de mis tios, los primeros familiares que morían en un hospital, lo que para mí se

general también murió en otro sanatorio madrileño su esposa; en la última fase de su enfermedad fui algunas veces a visitarla — aunque no tantas como debiera.

Mi tía, la generala consorte, había sido en su juventud una mujer muy bella y, aun desfigurado por el cáncer, su rostro conservaba rastros de la antigua belleza.

En la última visita que le hice, y cuando ya le quedaban muy pocas horas de vida, recordé algo que ella me había contado hace muchos años: A poco de casarse habían ido de excursión a Salamanca (este suceso debió ocurrir mucho antes del advenimiento de la II República); mi tía tenía un pelo rubio tirando a rojizo que era como una brasa y, mientras se paseaban por aquella plaza tan bonita de Salamanca, todo el mundo miraba para ella y para su pelo y esta atención pública al esposo no le gustaba porque era —o había sido— un hombre celoso.

Era casi patético traer a la memoria aquel pelo rojo como una brasa cuando la pobre señora estaba a punto de fallecer entre «gota a gota» y sucesivas inyecciones que apenas sí calmaban su angustia. Y aún menos mal que tanto los familiares como los médicos le mentaban piadosos acerca de su estado porque, si llega a sufrir la agonía en Nortemérica le hubieran comunicado «le quedan a usted tantos días de vida» esperando que la desventurada supiera morir con el estoicismo de Sócrates, o de Séneca, o de Plinio el Viejo.

—oOo—
Pero las personas mueren de la misma forma en que han vivido. Mi tía, que siempre había sido un poquito «snob», me contaba acerca de unos conocidos «verdaderos señores a quienes se les notaba su cuna» y censuraba a otros que no respondían de la misma manera porque «se les acusaban las primeras papas». Yo le escuchaba decir estas cosas y me pasaba que uno se pudiera preocupar de establecer semejantes distinciones cuando la muerte está petando a la puerta pero... ¿vamos a cambiar de carácter a la hora de morir?

¿Era de esperar que mi pobre tía se pusiera a discurrir sobre las ideas platónicas acerca de la inmortalidad del alma o que evocara los diálogos entre marxistas y cristianos? No; seguía diciendo las cosas de siempre y juzgando al mundo igual que lo había juzgado siempre y acaso — aunque es dudoso — de acertar en algo acertaría al decir que las enfermeras que la cuidaban eran lo más parecido posible a unas coristas del Martín, porque aquellas simpáticas criaturas eran unas jóvenes bonitas, estólicas e indiferentes ante el dolor.

Yo me supongo que si mi pobre tía sufre hoy su agonía en el mismo lugar tal vez la asistencia resultaría menos indiferente y rutinaria, pues me han explicado que ahora tienen un nuevo refuerzo de médicos chilenos y que entre ellos figura nada menos que el que fue médico personal de Salvador Allende, quien, por lo visto, es una notabilidad. Pero estoy hablando de hace muchos meses y a la sazón el médico de Salvador Allende allá en Santiago no tendría, como preocupación máxima, sino el temor de que al presidente se le rompiera su generoso corazón.

—oOo—
De la muerte de mis tios, los primeros familiares que morían en un hospital, lo que para mí se

reveló más triste fue el velatorio de los difuntos en los espacios que los sanatorios dedican a estos menesteres. En uno de los casos, la sala dedicada a los muertos estaba en el sótano al lado del garage y mientras velábamos el cadáver de la vieja señora sentíamos pasar y repasar los coches y a intervalos el cuarto se llenaba del pestilente olor a los escapaces que se mezclaba con el de

la cera y el olor a difunto. Así la muerte perdía toda dignidad. Como mis parientes no tenían hijos en cierto modo estaba ausente el verdadero dolor.

Yo recordaba otros tiempos, otros muertos. Venía a mis oídos — como una vieja caracola — la música tormentosa de las planiferas de mi infancia y en verdad que me aterraba la idea de ser velada así.

Por VICTORIA ARMESTO

A veces se comprende que, tras haber asistido a la agonía de Julio Camba, martirizado al límite por los avances de la ciencia y creyéndose él mismo futura víctima de tales manejos, Belmonte hubiera elegido la muerte de los estoicos.

Qué suerte grande era para el hombre morir a su hora sin que le prolongaran artificialmente la agonía. Y morir en su propia casa, entre sus muebles, entre sus cosas, entre su familia, arropado por las sábanas de hilo aquellas que se guardaban en el arca filipina, asistido por unos médicos amigos que le reconfortaban piadosos:

—Manolo, chico, si cada día estás mejor, como sigas así el domingo próximo nos vamos de casa.



LOS QUE HICIERON LA GUERRA

VICENTE Zabala, cronista tarino de «ABC», la ha formado buena con una expresión no enteramente afortunada en ocasión de comentar la penosa corrida llamada de la vergüenza, que se televisó recientemente desde Marbella.

Escribe Zabala, relacionando el chocolate con el bacalao, que todos los males residen en «la prisa para apurar el presente, con desprecio absoluto del futuro», lo cual tampoco sería tan ruidoso si no añadiera seguidamente: «Los hombres que no hicimos la guerra sabemos algo de esta sucia teoría».

Y van los hombres que hicieron la guerra, la mayor parte de los cuales la hicieron porque no tenían más remedio, y se sienten ofendidos y humillados, porque ya está bien que a la gente, por el solo hecho de tener cincuenta y tantos años, haya que echarle la culpa de todo lo malo que han pasado y tienen que pasar en este país.

En fin, que la juventud es una circunstancia todo lo dichosa que quieran, pero demasiado provisional como para basarse exclusivamente en ella a la hora de decir que los jóvenes y sólo los jóvenes son los destinados a salvarse.

LOS PADRES DE LA PATRIA

UN señor Procurador en Cortes, no sé si de los que van a las sesiones o de los que sólo lo son para hacerse tarjetas de visita y ponerse chaqué en los días grandes de sesiones plenarias con Jefe de Estado al fondo, ha tenido una comentada intervención al interpellar al Gobierno solicitando la prohibición de que se fume en los grandes almacenes.

Eso se llama un plan político de envergadura y una tarea de legislador de altos vuelos. «Deme usted una oportunidad», dijo aquel hombre con aspiraciones políticas y cuando le llegó la ocasión no crean que se salió por las grandes cuestiones pendientes y acuciantes, como podrían ser la reducción del gasto público, la reforma agraria, la ordenación universitaria, la política fiscal, la legalización de la huelga, etc., etc. Nuestro hombre, con gran solemnidad, se erigió en Padre de la Patria solicitando eso, que no se fume en los grandes almacenes.

Con gente así formo yo los cien hombres del futuro en menos que canta un gallo o que se fuma uno un pitillo en la tienda de la esquina, que no son grandes almacenes, pero que quien sabe.

TENGA SUERTE CON LAS MULTAS

Las multas, ¿qué me cuenta usted de las multas?
—Depende. Verá, yo suelo estar cosido

a multas porque dejo mi coche en una esquina nada conflictiva, pero prohibida, por la que nunca deja de deambular un agente que allí siempre encuentra presa, porque cuando no soy yo el multado es otro, ya que siempre hay quien pique en una zona donde los huecos son difíciles. En cambio, cuando me han quitado el sitio en lugar castigado, voy y dejo el coche en doble fila en Durán Loriga y allí no hay guardia que me cace.

—Pues usted verá mi caso —dijo el otro—. Vivo en una casa rodeada de solares, exactamente en la calle Gran Canaria, y a dos inquilinos les ha dado por verter a la calle los desagües de sus lavadoras. Aquello es una contaminante delicia de detergentes y espumas. Protesté al Ayuntamiento y me dicen que ellos, salvo amonestar a los contaminadores, no pueden hacer nada más.
Las multas, ¡ay de las multas!

EL DESTAPE VERBAL

Y como llegó el destape de la indumentaria, nuestras estrellas, muy «progres» ellas, lo quieren acompañar con el destape verbal y hay que ver las cosas que se dicen, que se escriben y que se leen.

En «Arriba» se escandaliza, no sin cierta razón, un comentarista que reproduce algunas expresiones de artistas en uso, como cuando ya doña Lola Flores y dice: «Estoy como nunca», que tampoco hay que exagerar, a lo que enseguida le sale al paso doña Saritísima Montiel para decir que «ya iba siendo hora de que los españoles nos enteráramos de que las mujeres tienen ombligo», para pasar a Rosanna Yanni comentando que se va a casar en enero, porque está esperando al segundo de sus hijos para marzo, mientras que mi amiga Rocío Jurado, que está bastante mejor que la «Renfe», anuncia su aparición última, y no menos ruidosa que la primera, en la «tele», diciendo: «Soy así, chiquillo; tenía unas ganas enormes de aparecer sólo con una sábana y ésta ha sido mi oportunidad». Pero enseguida va Luciana Wolf y se indigna para defenderse cuando declara solemnemente: «No estoy embarazada, sino vetada. El día menos pensado... ¡la voy a armar!». Momento en el que sale en las revistas doña Blanca Estrada asegurando que su marido sólo le sirve para sacar a pasear a su perrito», etcétera, etcétera.

El destape, el desmadre, el despiporre.
Y perdonen que se me vaya pegando el lenguaje.

UN SEÑOR LLAMADO HEIDEGGER

PERO no todo va a ser frivolidad. Piensen que Martín Heidegger acaba de cumplir ochenta y cinco años...

—¿En qué equipo juega?
—No seas... tonto. Es el filósofo vivo más importante que queda. Padre del existencialismo, íntimo de Ortega y un poco su maestro, aunque hay quien dice que Ortega fue su precursor...

—¿Domingo Ortega
—Beno, deja de bromear. Hablo de Ortega y Gasset...

—Ortega y Gasset es una calle de Madrid, ¿no?

—Sí, hombre. Una calle y poco más que una calle.

—Bueno, tampoco es para ponerse así. Con los filósofos, con los intelectuales, no vamos a ninguna parte.

—Pues anda que a los sitios que estamos yendo sin ellos...